

billo de color de rosa lanzado á los aires por la mano de jugueteo niño que se divertía en medio de la tempestad, pareció á todos el encendido purpúreo pendon de la sangrienta demagogia.

Eran más de cien mil los que corrian por aquellas grandes avenidas, donde se levanta el gigantesco Arco de la Estrella, y á cuyo último término se ve la Plaza de la Concordia y el Jardín y el Palacio de las Tullerías. Pues toda aquella inmensidad, toda aquella larga carrera, estaba inundada, como por un río de humanas cabezas. Al llegar á la mitad de los Campos Eliseos, suenan los tambores, y tras de los tambores una intimación de las gentes en armas por allí tendidas. Rochefort salta de su coche y se dirige á un coronel de cazadores que estaba allí, á su lado, con la espada desnuda, y le dice que quiere pasar al

Cuerpo Legislativo. El militar le contesta que es imposible y que tiene la resolución de cargar sobre aquella multitud. «¿Sabeis, le dijo el escritor, que soy diputado del Cuerpo Legislativo?» «Sí, le respondió el soldado, y por eso pienso cejar con V. el primero.» Entonces Rochefort se vuelve, y un segundo redoble de tambor suena, y una nueva intimación á la cual sigue general grito de sálvese quien pueda. Unos corren, otros caen, estos se dan contra las paredes, aquellos se entran en los zaguanes y suben por las escaleras; tropiezan grupos con grupos; derrúmbanse los mémos ligeros, se remojan algunos en los pilones de las fuentes, hasta que todos se dispersan y la inmensa nube de cóleras se desvanece. El día fué terrible. Víctor Noir había sido enterrado en paz, pero Rochefort había muerto.

CAPITULO XXII.

LOS DOS PROCESOS.

El día once de Enero apareció en el periódico de Rochefort el siguiente escrito, al dar cuenta del terrible suceso de Auteuill:

«He tenido la debilidad de imaginar que un Bonaparte podía ser cosa distinta de un asesino.»

«He imaginado que un duelo era posible en esta familia, en que son tradicionales el asesinato y la traición.»

«Nuestro colaborador Pascual Grousset ha compartido mi error y hoy lloramos á nuestro pobre y caro amigo Víctor Noir asesinado por el bandido Pedro Napoleon Bonaparte. Hace diez y ocho años que Francia está entre las manos ensangrentadas de esos matones, que no contentos con ametrallar republicanos en las calles, les tienden celadas inmundas para degollarlos á domicilio. ¡Pueblo francés! ¿no estás convencido de que ya hay bastante?»

Este escrito ó no era nada ó era un llamamiento á la revolución. No se lanzan semejantes injurias al rostro de un monarca reinante, sino para ir inmediatamente á las ar-

mas. Flourens aconsejaba á Rochefort una resolución suprema y le incitaba á la guerra civil. «Haberte nombrado diputado de París, decía, ha sido tanto como declarar guerra á muerte al Imperio. Te nombramos y la guerra comenzó. Nuestro pobre Víctor Noir ha caído víctima primera de esta lucha, traídonamente asesinado por Pedro Bonaparte. Hoy tenemos grandes esperanzas; no hay un soldado de la guarnición de París, que no esté con los vengadores del pobre asesinado. Si á los primeros tiros del ejército tenemos todos el valor de correr hácia adelante, llevando nuestro muerto en los brazos, el ejército fraterniza con nosotros. Vengar á Víctor Noir es vengar á Francia, redimirla del yugo más odioso; impedir la invasión extranjera que indudablemente traerá el tercer Napoleon si nosotros no sabemos salvarnos. Los tiranos de la antigua Roma pudieron atentar impunemente á todas las libertades públicas; más el día en que violaron el derecho individual de uno sólo, sucumbieron todos. Tamaños accidentes solo una vez se presentan en la

historia; y el pueblo que no los aprovecha para emanciparse, el pueblo que no venga á sus hijos asesinados, á sus hijas violadas por sus señores, merece todos los castigos y todas las invasiones posibles.»

Rochefort se había dejado arrastrar de estos razonamientos, y había convenido solemnemente en la necesidad de la revolución. *La Marsellesa* había tocado á rebato; pero al día siguiente, yendo al entierro, comparando lo débil de su fuerza con lo pujante de sus enemigos, desistió de la empresa y serenó los ánimos en vez de concitarlos al combate. Este cambio de proceder hirió profundamente á Flourens, que escribió en la noche del doce al secretario de la redacción de *La Marsellesa* la siguiente brevísimas carta: «Ruégos que anunciéis como desde hoy nada tengo de comun con la redacción de ese periódico.» Rochefort se defendió con gracia en su Diario y con verdadera oportunidad en las siguientes palabras: «La revolución viene de improviso. Si anunciáis públicamente á vuestro enemigo que al otro día, á las dos, le saltareis la tapa de los sesos cuando esté más descuidado, vuestro enemigo tomará todo género de precauciones y no le saltareis la tapa de los sesos. El primo Pedro Bonaparte, se ha guardado muy bien de contar en las reuniones públicas que asesinaría á Víctor Noir. Y hé ahí por qué, pronto á mezclarme al movimiento, si espontáneamente se producía, no he creído deber apoyarlo cuando el pueblo me daba en cierta medida toda la responsabilidad.»

Vermorel echó en cara á Rochefort con más acritud aun que Flourens, y en términos mucho más inconvenientes, sus palabras suaves, sus medidas conciliadoras. Era Vermorel uno de esos escritores más dados á criticar á los amigos que á criticar á los enemigos; uno de esos escritores atrabiliarios, cuya pluma destila perpétuamente injurias. Los jefes del partido republicano, los abogados más célebres, los oradores más ilustres, los hombres de la

segunda República eran para él una gavilla de perdidos, una jauría de traidores. En las épocas más tristes, en medio de las persecuciones más horribles, no se levantaba uno de esos repúblicos ilustres á protestar contra la tiranía de Bonaparte sin que le saliese al encuentro la pluma cáustica de Vermorel y le diera en rostro con alguna desgracia ó alguna falta, elevándolas á la categoría de verdaderos crímenes. Este extraño proceder y la insistencia en seguirlo, divulgaron la idea de que estaba adscrito á la policía secreta del Emperador, y de que era su cómplice y su esbirro en la prensa. La tiranía no es tan mala por lo que oprime como por lo que corrompe. En épocas de opresión el amigo desconfía del amigo, el hermano del hermano; y hasta en el lecho se reserva el esposo de contar á la esposa los sentimientos que pasan por su corazón, las ideas políticas que oculta su conciencia. En cada sombra se cree ver un expía. Esto sucedió en el Imperio romano y esto sucedía en el Imperio francés. Rochefort, herido por las palabras de Vermorel, se fué á la tribuna, y le llamó públicamente esbirro del César. Vermorel, dirigiéndose á Rochefort, le dijo: «Os conjuro á publicar inmediatamente ante un Jurado compuesto de ciudadanos honrados y conocidos en la democracia las pruebas de vuestros asertos, pruebas que estais en el deber de dar. Es necesario que no quede ninguna duda acerca de mi honradez. Os entrego mi vida pública y privada.» Rochefort le contestó que el mismo Vermorel había hablado mil veces de los rumores públicos respecto á su conducta y que sus esfuerzos por dividir al partido republicano, por desacreditar á sus hombres más ilustres, ponían las apariencias en completa armonía con las sospechas. ¿Mas no contribuyó á dividir al partido y á desacreditar á sus hombres importantes el mismo Rochefort? ¿No era esta una manía ya crónica en toda la democracia avanzada? Delescluze llamaba ambicioso á Gambetta, avaro á Víctor Hugo,

jesuita á Julio Simon, loco y comunista á Luis Blanc, reaccionario y místico á Edgard Quinet. Y el más puro de los republicanos rojos, el desgraciado Flourens decía hablando de los jefes del partido: «Nosotros, republicanos y demócratas, nada tenemos de comun con esos hombres que se llaman tan imprudentemente republicanos, con esos jesuitas políticos, con esos odiosísimos impostores.»

La verdad es que Rochefort no podía coordinar sus palabras en los clubs con su conducta en el entierro. Debió ser más corto de promesas, y más largo de obra. Su desmayo había pasado á las gacetillas de todos los periódicos, dando de sí una nube de flechas agudas y agudísimos dardos contra su valor y su entereza. Estaba materialmente perdido y la torpeza del gobierno, y la irreflexión de Emilio Ollivier le rehabilitaron por completo. El ministro de Justicia prometió al Emperador que amordazaría al libelista. Mal comienzo de política liberal. Combatir con los periódicos, es combatir con fantasmas. Si no hay el ánimo bastante, la fuerza suficiente para sobreponerse á sus ataques y contestar á sus argumentos con argumentos, en vez de perseguirlos con persecuciones inútiles y odiosas, se necesita acudir á la política de represión, á la política de tiranía, á la política antigua contra la cual trabajaba el nuevo ministro, más aun que en la oposición, en el gobierno. Pero no tuvo el valor necesario para prescindir de los ataques de Rochefort y olvidarlos. Intentó promover un proceso, y con este motivo se metió en laberinto intrincadísimo de innumerables dificultades, y de peligrosísima salida. La verdad es que para aplacar los ánimos había encontrado un grande auxilio en Rochefort; y que este auxilio le había valido la disminución en popularidad y en importancia de su enemigo. ¿Iba á perseguirlo? Pues iba á levantarlo. No tenía remedio. Un error se paga pronto; y así como Rochefort salió disminuido de las peripecias del

entierro, se agrandaba y crecía en las persecuciones insensatas del gobierno.

La vanidad, los resentimientos, la sed hidrópica de venganza, pudieron más que la razón de estado en el ánimo de Emilio Ollivier. El diez y siete de Enero se discutía la demanda de autorización presentada por los tribunales para procesar á Rochefort. Al verla, el ingenioso escritor respiró, y se creyó salvo de su crisis, y restablecido en su popularidad. Poco ducho en las artes de la palabra, y poco diplomático de inteligencia y de carácter, reveló abiertamente lo más profundo de su corazón al decir, «yo no tendré el candor de impedir al gobierno que cometa nuevas faltas, porque las faltas que comete el Imperio, aprovechan á la República.» Grande verdad que debiera haber sido también grande advertencia para el gobierno.

La discusión de las autorizaciones fué tormentosísima. Los grandes oradores de la izquierda demostraron de la manera más evidente y más palmaria que aquel proceso era un grande error político. Hasta en los mismos grupos de la mayoría hubo un corazón bastante generoso y una palabra bastante levantada para pedir que se respetara en el diputado de la nación el principio de la soberanía nacional. Tanto honor cupo al honrado marqués de Piré, el cual pedía que se pusiera sobre la silla de la Presidencia el retrato de Borssy d' Anglas, aquel presidente de la Convención; tranquilo en medio de las más repugnantes saturnales y de las más horribles invasiones; tranquilo, cuando los fusiles apuntaban á su cabeza y á su pecho; tranquilo cuando las injurias más soeces y las amenazas más homicidas sonaban en sus oídos; tranquilo al presentarle en una pica la cabeza del diputado Feraud, é inclinándose profundamente para saludar, bajo el sable de sus verdugos todavía teñido en sangre humeante, al mártir de las leyes. Estas palabras fueron tomadas por una estravagancia y desatendidas lo mismo de la mayoría que del gobierno.

Gravísimo incidente sobrevino en una de las más importantes sesiones, en que se trató del proceso. Emilio Ollivier añadió en el extracto oficial de un discurso dirigido á Leon Gambetta cierta palabra no pronunciada en la sesión. El ministro había dicho en la tribuna dirigiéndose al diputado «necesitaríais un relámpago de patriotismo» y añadió en el extracto «necesitaríais un relámpago de patriotismo y de conciencia.» Gambetta se revolvió airado contra esta adición diciendo que no reconocía en nadie el derecho de calificar su conciencia, y mucho ménos en quien la tenía tan cambiante y movediza. Las reclamaciones fueron ruidosas. El ministro de Justicia le dijo que se creía fuera del alcance de esos ataques, pensando que si la conciencia de Mr. Gambetta no hubiera estado por la pasión perturbada, jamás tratara de agraviarlo con aquellas injurias. «No os he dirigido ninguna injuria, decía Gambetta, os he recordado que no teneis derecho para atacar mi conciencia. Os he dicho y os repito que no reconozco en una conciencia movediza como la vuestra, jurisdicción alguna sobre la mía que es firme. No os disputo el derecho á cambiar de opinion; pero hay algo que no explicareis jamás satisfactoriamente, y es el haber coincidido vuestro cambio con vuestra fortuna.» Magullado y mal trecho, el ministro se limitó á responder, como quien sale del paso y burla el cuerpo, que no había necesidad de defender su entereza de carácter y su consecuencia política. Gambetta, cada vez más irritado y cebándose en su presa con verdadero furor, le replicó: «Vuestros electores os han declarado indigno.» «Ejercicio del poder, dijo Emilio Ollivier, es una carga pesada de conciencia.» «No, le replicó Gambetta, no es una carga de conciencia, es un cargo de corte.» «Desde mil ochocientos cincuenta y siete sólo he tenido un pensamiento, exclamó Ollivier, la libertad.» Gambetta le dijo: «Pero os habeis llamado republicano.» «Yo, añadió Ollivier, he cumplido mi juramento. En mil

ochocientos sesenta y uno, dije al Emperador que diérais la libertad, y yo, aunque republicano, le seguiría y le admiraría. La ha dado; y le sigo y le admiro. He cumplido mi promesa.» Después de estas palabras del ministro, la mayoría pugnaba y gritaba para que se cerrase el debate. Gambetta no quería dejarle sin respuesta, y hablaba en medio del tumulto. El presidente pronunció estas palabras: «Llamo á Mr. Gambetta al orden.» «Sr. Presidente, está bien, dijo Gambetta, pero llamad antes á ese ministro á la honra.»

La autorización fué concedida, y el proceso contra Rochefort comenzado. Los escritores preguntaban por otro proceso, por el de Pedro Bonaparte. Uno de ellos evocaba en terrible paralelo sangriento recuerdo. ¡Qué prisa en condenar á las víctimas y qué tardanza en condenar al asesino! No hacia muchos días que París presenciara horrible espectáculo, digno del infierno. La vida de un hombre había sido apagada por la mano de la justicia. En una mañana de invierno, fría como la muerte, de crepúsculo semejante al reflejo de una inmensa pajuela, las puertas sombrías de la prisión se abren, y aparece un condenado á muerte, el infame Troppman. Aquello no era una figura humana. El dolor, el remordimiento, el miedo lo habían destrozado, pasando sobre su cuerpo como otras tantas ruedas. Parecía un manojo de miembros amontonados. Las piernas se negaban á sostenerle como si estuvieran descoyuntadas y rotas; los brazos le pendían de los hombros como si se le cayeran; el cuello retorcido, lacio; y á su extremo, una cabeza que oscilaba á todos lados, caída sobre el destrozado pecho. Los ayudantes del verdugo le llevan como en andas; y sus piés se arrastran cual si quisieran fijarse para siempre en la tierra; y miran sus ojos vidriosos y casi extintos, como si buscaran algo de compasión y de misericordia. Los veinticinco metros que hay de la puerta de la prisión al pié del cadalso, encierran una eternidad de dolores; los veinticinco escalones

que hay del pié de ese cadalso á la cima, guardan cada uno su indecible tormento. Aquello no es un hombre, es una membrana que sacude el viento, un sapo aplastado que recoge y sostiene manos ensangrentadas; para arrojar el alma que todavía corre por aquellas fibras á la eternidad, y la vida que aun late allí al hambre voraz de la muerte. Sube, llega, se resiste, retrocede, buscando un último aliento de esperanza; pero lo cogen, le agarran, le arrastran, le asientan por fuerza, le agarrotan, le asen el cuello en las

tenazas del frío hierro que ha de concluirlo. Su lengua sale de la boca inflamada; sus labios se secan y amoratan; sus ojos se inyectan con las últimas gotas de sangre que pueden las venas prestarles; y su pecho como que se hincha para recoger el último suspiro del aire. Un poco de acero cae, una cabeza vacila, unos cuantos miembros inertes se desploman, un condenado más acaba de purgar su crimen. Hé aquí el fin de un asesino oscuro, ¿cuán lo vamos á ver el fin del asesino imperial?